

CON LA PRIMAVERA, EL EURO

En la primavera de hace un siglo, algunos de nuestros antepasados estaban empezando a darse cuenta de que llegaban al fondo de un pozo, en cuanto a la estima y el prestigio que en el mundo económico-industrial se podría esperar. En ése, como en otros aspectos, 1898 les marcó y nos encorsetó a las generaciones venideras. Sin afirmar que los acontecimientos de ese año fuesen los únicos determinantes de todo lo que nos ha sucedido a lo largo del siglo, nadie puede negar su importancia fundamental.

En unas semanas, en este mundo actual curado de asombros, nos están ocurriendo cosas sin que aparentemente les demos demasiada importancia y que entran dentro de los que (a lo largo de demasiados años) parecían sólo envidiarse de otros países, pero lejos de nuestro alcance. Hemos accedido al comedor de primera clase por la puerta del pasaje; para ello no hemos tenido que ponernos ningún disfraz, utilizar documentación falsa ni resultar ganadores de ningún concurso de supermercado. Solamente hemos hecho lo que había que hacer y, sin confiar en loterías o quinielas, poner lo que había que poner.

El euro es nuestra moneda. El aguafiestas de turno podrá decir: pss... todo es cuestión de una simple multiplicación. Los agoreros de siempre, ya están diciendo: sí, pero no nos advierten de los peligros que se nos echan encima si no actuamos como hay que actuar. El hecho es que el 1 de enero de 1999 se fijará irrevocablemente la equivalencia entre la peseta y el euro y ya no será modificada. Durante los dos últimos años de este milenio y durante el primero del siguiente, simultanearemos el uso de ambas monedas. A partir del 1 de enero del año 2002 y durante seis meses, cambiaremos billetes y monedas por los nuevos; volveremos a respetar los céntimos los que en un tiempo conocimos su valor y aprenderán a hacerlo los

que han nacido y desarrollado su existencia con un convencimiento, más o menos arraigado pero siempre latente, de que el valor intrínseco de nuestra moneda era algo inevitable y permanentemente en baja.

No estamos todavía apreciando la considerable ventaja que supone el acceso a un área monetaria de baja inflación, base de acicate para el lanzamiento de muchas iniciativas y fundamento de tranquilidad financiera, para emprender caminos de desarrollo con la correspondiente seriedad paralela de espíritu que han llevado en otro tiempo, con muchos menos conocimientos y preparación profesional, a impulsar los más ambiciosos proyectos.

Durante este período transitorio contemplaremos muchas acciones consecuencia de la nueva situación. Unas afectarán a la morfología de Instituciones públicas y privadas, otras a cuestiones de detalle que tendrán como protagonista al simple ciudadano en sus actuaciones rutinarias que no por ello habrán dejado de tener una serie de pasos previos, lejos de su alcance, no sencillos; a título de ejemplo, ¿pensaremos en algún momento, al utilizar las nuevas piezas en cualquier dispositivo de cobro automático, qué se ha tenido que hacer e invertir para ello?

De la misma forma que estamos siendo testigos de una nueva moral de trabajo, en buena parte sustento de espectaculares mejoras de resultados, en empresas recientemente liberadas de su dependencia aherrojante de directrices ajenas al buen sentido industrial, es el momento de conseguir que esta primavera cosmográfica, coincida también, alumbrado con el euro, con un alegre despertar, tras un larguísimo invierno, que nos traiga los dilatados años de impulso económico que nos vaticina algún experto y que, con optimismo y buen sentido, ambos necesarios, esperamos. ■